

Imagen y espacio urbano: la representación de la Alameda de las Delicias en el Santiago del siglo XIX.

Katherine Vyhmeister Fábregas.

Cita:

Katherine Vyhmeister Fábregas (2013). *Imagen y espacio urbano: la representación de la Alameda de las Delicias en el Santiago del siglo XIX*. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/293>

XIV Jornadas
Interescuelas/Departamentos de Historia

2 al 5 de octubre de 2013

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 37

Título de la Mesa Temática: Mercado de entretenimiento y cultura urbana en Latinoamérica, siglos XIX-XX. Aportes desde la historia social

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: González, Carolina y Schettini, Cristiana

**IMAGEN Y ESPACIO URBANO: LA REPRESENTACIÓN DE LA ALAMEDA
DE LAS DELICIAS EN EL SANTIAGO DEL SIGLO XIX**

Vyhmeister Fábregas, Katherine

Universidad Adolfo Ibáñez

katherinevyhm@gmail.com

<http://interescuelashistoria.org/>

Durante el siglo XIX Chile vivió diversos procesos que afectaron los ámbitos sociales, políticos, económicos, culturales y religiosos de la vida, y que tuvieron como principal objetivo el desarrollo de la nación. Durante este siglo también hubo cambios, transiciones, ensayos, proyecciones y definiciones que buscaron modelar la naciente República en pos de los nuevos ideales modernos que irradiaban las principales capitales europeas. Tras las luchas por la Independencia, la clase dirigente intentó desligarse de todo aquello que pudiese vincularla con la vida colonial. Para ello, se tomaron como principales ejes y modelos los valores modernos paradigmáticos de países como Francia, Inglaterra y Alemania. Sin duda fue Santiago, la capital, la ciudad encargada de recibir y distribuir a lo largo del país todas aquellas corrientes modernizadoras y civilizadoras que llegaron desde el extranjero, buscando de este modo alcanzar el nivel de progreso que se estaba imponiendo en Europa.

La conformación y diseño urbano de las ciudades fueron utilizados como herramientas en la consolidación del cambio hacia el mundo moderno. No era posible transformar de un momento a otro la realidad política, social y cultural existente. Por esta razón, las autoridades chilenas recurrieron a los espacios públicos como una manera de enfrentar a los ciudadanos a las nuevas realidades que pretendieron instaurar. De este modo, el hecho de crear un escenario adecuado podría generar un paulatino cambio en las costumbres de los habitantes de la ciudad. En Santiago de Chile podemos observar este fenómeno a lo largo de todo el siglo XIX. La elite buscó crear espacios en los que los nuevos ideales modernos adquiridos pudiesen ser apreciados por el resto de la sociedad, tanto por aquellos pertenecientes a otras clases sociales como también por extranjeros que visitaran la ciudad. La Alameda de las Delicias, el Parque Cousiño y el Paseo del cerro Santa Lucía son ejemplos de este esfuerzo por convertir a Santiago en una ciudad moderna.

Pero fue la Alameda el primer paseo creado tras la Independencia de la nación, alcanzando un rol preponderante en la ciudad por casi medio siglo. El presente trabajo propone el análisis de las representaciones del paseo de la Alameda de las Delicias a lo largo del siglo XIX, único paseo público de la ciudad de Santiago entre 1820 y 1870. A partir de las imágenes publicadas por Claudio Gay (1854) y Recaredo Tornero (1872) podemos plantear que existió una tendencia en la manera de representar este paseo, pudiéndose distinguir entre aquellas realizadas durante la primera y segunda mitad del siglo. Para llevar a cabo el análisis se trabajará con imágenes de diferentes años, pero que fueron realizadas con la misma perspectiva del Paseo. Este análisis podría arrojar

luces de la manera en que la sociedad santiaguina se apropió de este espacio público de Santiago, a la vez que nos permitirá apreciar los cambios que la sociedad capitalina vivió durante este siglo.

La Alameda de las Delicias se configuró como un paseo público relevante de la capital a principios de la República, creado por iniciativa del Director Supremo de ese entonces, don Bernardo O'Higgins (Fig.1). El motivo que lo llevó a transformar la Cañada, que durante siglos delimitó la parte sur de la ciudad, fue el reflejar la vida independiente de la nación. Por esta razón en 1820 lo denominó "Campo de la Libertad Civil", sin embargo éste sería reemplazado un año más tarde por "Alameda de las Delicias". Si bien este fue el primer espacio público creado en la nación independiente, no fue el primer lugar destinado a la sociabilización capitalina. Antes de 1817, año del comienzo de las obras del Paseo, existieron otros espacios en Santiago habilitados para el esparcimiento y paseos de los ciudadanos. Dentro de éstos, debemos prestar especial atención al paseo de los Tajamares, debido a que cumplió un papel sumamente importante dentro de la ciudad, pues fue el único espacio que se pudo haber considerado "paseo".

Otro de los espacios de la ciudad en que la vida de los santiaguinos se volcó hacia un ámbito público fue la Plaza de la Independencia, actual Plaza de Armas, no obstante ésta no cumplía un papel de paseo como tal, sino más bien otras funciones específicas como por ejemplo la del comercio. La Plaza era el lugar en que convergían comerciantes y vendedores que ofrecían a la venta diversos productos¹. Por otro lado se encontraba la Pampilla, amplia explanada en la que se instalaban fondas y ramadas donde se daba lugar a grandes celebraciones en las que toda la ciudad compartía un ambiente festivo. Este lugar, ubicado al sur de la Cañada, fue concebido no solo como un lugar de encuentro, sino también fue utilizado para ejercicios militares. Hacia 1842 fue permutado por otros terrenos ubicados en las cercanías. Este nuevo lugar fue denominado Campo de Marte y se convirtió en otro amplio espacio utilizado por la sociedad santiaguina en el que se siguieron llevando a cabo actividades similares a las de la Pampilla, hasta que en 1870 Luis Cousiño decidió, con sus propios fondos, transformar el Campo de Marte en un hermoso parque a imitación del Bosque de Bolonia de París. Este parque denominado Parque Cousiño, y actual Parque O'Higgins,

¹ Sobre la función de la Plaza de Armas, ver entre otros: Museo Histórico Nacional (2008), *Plaza de Armas de Santiago*, Santiago: Origo; Museo Histórico Nacional; Valenzuela Solís (1993), Carlos, *La Plaza de Armas de Santiago cuna de Chile*, Santiago: Noria; Rojas Mix, Miguel (2006), *La plaza mayor: el urbanismo, instrumento de dominio colonial*, Buenos Aires: Universidad Nacional de La Plata.

fue inaugurado más tardíamente hacia 1873. También la Quinta Normal de Agricultura llegó a constituir un lugar recurrente de paseo, pero a diferencia de otros paseos concebidos como tales, este lugar se creó como un centro científico enfocado en la enseñanza y en la investigación agrícola (De Ramón, 1985: 173).

Teniendo esto en consideración, podríamos decir que aproximadamente entre 1820 y 1870 la Alameda de las Delicias fue el único paseo que existió dentro de la capital, cumpliendo un rol fundamental en el ámbito social durante casi medio siglo. De todos los espacios con los que contaba la ciudad de Santiago antes y después de la creación de la Alameda, fue el paseo los Tajamares el que cumplió un papel similar al que luego tendría la Alameda de las Delicias en cuanto a su utilización como paseo público.

Los Tajamares fueron mandados a construir por el gobernador Ambrosio O'Higgins a Joaquín Toesca en 1792, sin embargo no se terminó sino hasta 1808 (Guarda, 1997: 226). La planificación estructural de los muros del Tajamar, que cuidaban la ciudad de las crecidas del río Mapocho, permitió que se pudiese utilizar también como paseo, por lo que fue muy concurrido por los sectores más acomodados de la sociedad (De Ramón, 1985: 100)². Este paseo tenía características similares a las que tendría la Alameda de las Delicias: estaba formando por una corrida de álamos a cada costado del camino que bordeaba la estructura, desde la cual los paseantes podían disfrutar de una vista privilegiada hacia la Cordillera de los Andes.

Precisamente las hileras de álamos pueden prestarse para confusión, puesto que este paseo, por esa misma característica, también fue denominado "Alameda". Las representaciones de los Tajamares realizadas tanto por Peter Schmidtmeier en 1824 como por Giovatto Molinelli en 1855 nos brindan una mirada de este paseo, que explica el por qué en ocasiones la denominación "Alameda" fue utilizada indistintamente para un paseo u otro, hecho que se pudo prestar para confusión (Fig.2 y Fig.3). Respecto a esta denominación, el inglés Basilio Hall al referirse al paseo de Tajamar hacia 1820 escribió: "La Alameda, o paseo público, se llama también Tajamar, a causa de un dique que se ha construido para evitar los efectos de las creces del Mapocho..." (Hall, 1906: 26) Este mismo visitante de la capital fue testigo de la amplitud del camino que formaba este paseo y del modo en que éste permitía la circulación de carruajes; mientras que a lo

² Principalmente porque la Plaza de la Independencia tenía un carácter más bien cívico, a la vez que la Pampilla y el Campo de Marte eran concurridos en días de festividades, por encontrarse más alejados del centro de la ciudad. De este modo, los Tajamares se configuraron como el único espacio de paseo en la ciudad.

largo de una muralla baja las damas, vestidas de gala, “extienden sus pañuelos con gran cuidado y afectada formalidad antes de aventurarse a tomar asiento” (Hall, 1906: 28). Basilio Hall no fue el único en dar a conocer la vida en los paseos Santiaguinos. Samuel Haigh, quien visitó Chile entre 1817 y 1821, también plasmó sus impresiones respecto del hecho que los transeúntes paseaban sobre las murallas del Tajamar, “que no es ni con mucho el paseo más agradable de Santiago” (Haigh, 1917: 41). Del mismo modo, la viajera inglesa María Graham mencionaba en 1822, que “la Alameda está dentro del recinto de los Tajamares; un paseo encantador, con largas filas de sauces y una vista espléndida” (Graham, 19--: 258). Ambos testimonios reflejan que los Tajamares fueron frecuentados por miembros de las clases acomodadas de la sociedad, a la vez que confirman la denominación de ambos paseos como Alameda.

A pesar de que el paseo de los Tajamares se conformó como un espacio importante de sociabilización en Santiago, por no existir otro lugar similar, con la creación de la Alameda de las Delicias su uso comenzaría a ser menos frecuente, hasta ser abandonado completamente hacia la década de 1830. Los árboles fueron cortados y sus caminos descuidados, mudándose incluso los mercaderes que allí se habían instalado (De Ramón, 1985: 101). Así, el paseo de la Alameda, antigua Cañada, habría alcanzado gran popularidad, siendo, en los recuerdos de José Zapiola, “el orgullo de nuestra capital” (Zapiola, 1974: 11). A pesar de haber sido por siglos un basural y límite sur de Santiago, con el crecimiento demográfico y urbano a lo largo de los años quedó, entrado el siglo XIX, inserta en la ciudad. Debido a esto último, la Alameda se transformó en un lugar de encuentro. Fue precisamente en este paseo en el que se creó un nuevo espacio de sociabilización, y aunque si bien el Tajamar cumplió un papel similar, fue la Alameda el lugar en que se produjo una ocupación más completa del espacio público.

La Cañada estuvo presente en la traza urbana de Santiago desde la llegada de los primeros españoles. Ésta, correspondía a un brazo seco del río Mapocho en el que se descargaba el exceso de agua del curso principal durante ciertos períodos del año, por lo que en sus inicios, la ciudad estuvo delimitada en el norte por el río Mapocho y en el sur por la Cañada, formando una especie de triangulación donde se formaron las primeras calles y el centro de la ciudad. Hacia principios del siglo XVIII la Cañada ya contaba con algunas edificaciones en sus costados, como la iglesia y convento de San Francisco, el Hospital San Juan de Dios, el Noviciado de San Borja y otros establecimientos que tradicionalmente se situaban en los límites periféricos de las ciudades. Pero ya a finales

de este mismo siglo, la Cañada pasó a formar parte de la ciudad propiamente tal, desarrollándose hacia el siglo XIX como un espacio neurálgico de ésta.

Antes de que la Alameda de las Delicias se configurara como un paseo cómodamente acondicionado, el franciscano José Javier Guzmán y Lecaros aportó en 1809 la esencia del futuro paseo: los álamos. Ese año el clérigo trasladó a Santiago veinte varillas de álamos desde Mendoza (Zañartu, 1975: 21). Podríamos decir que este fue un paso inicial en la futura creación de la Cañada como paseo público, puesto que para ese momento aún no existía la idea concreta de transformarla en paseo.

Pero fue con el correr del tiempo, y luego de la intervención de Bernardo O'Higgins, que comenzaron a instalarse cafés por los costados exteriores de la Alameda. Del mismo modo, bandas de músicos de los regimientos establecidos en Santiago se ubicaron en los óvalos del Paseo, especie de pequeñas rotondas ubicadas cada cierto tramo de éste, para tocar durante las tardes (Fig.1). Del mismo modo, mercaderes vendían sus productos en puestos situados, al igual que los cafés, en los costados de la Alameda. Vigilantes patrullaban a lo largo el paseo, tal como se aprecia en las palabras del marino inglés Richard Longeville Vowel, quien describía que hacia 1829 numerosos grupos de personas permanecían en el Paseo durante la época de verano hasta las dos o tres de la mañana, pues vigilantes se encargaban de la seguridad (Longeville, 1923: 101). Buscando brindar las mayores comodidades a los concurrentes, fueron instalados bancos de piedra pulida, imitando un estilo griego, a lo largo del paseo.

La Alameda de las Delicias, su creación y posteriores modificaciones, respondió a un requerimiento por parte de los ciudadanos de la capital, específicamente por los miembros de la elite. Esto puede explicarse a partir de los diversos cambios experimentados en el ámbito de los usos y prácticas sociales, fuertemente influenciados por la cultura europea en el contexto de las prácticas en las ciudades modernas³.

Estos cambios fueron identificados por el historiador Armando de Ramón ya hacia el siglo XVIII, entre los que se destacan la consolidación de una sociedad aburguesada que presencié la aparición de la mujer en paseos, ceremonias y otras actividades de las que anteriormente se ausentaba. De este modo, “el sexo femenino comenzó a salir a la calle casi diariamente a fin de mostrarse en los paseos públicos”

³ Si bien el gran paradigma de construcción de ciudad moderna se puede asociarse al Barón Haussmann en París, esto solo se llevaría a cabo hacia mediados del siglo XIX, lo que no quiere decir, en absoluto, que intentos por modernizar las ciudades no se hubiesen llevado a cabo previamente.

(De Ramón, 1985: 89). Progresivamente la clase alta santiaguina fue requiriendo de espacios en los cuales poner en práctica los nuevos usos y costumbres, así como también mostrar sus adquisiciones. Esto respondería a que a lo largo del siglo XIX es posible apreciar que el fenómeno de la moda francesa irá marcando las pautas en la manera de sociabilizar de la elite santiaguina. Luego del proceso independentista y liberados del control peninsular, los chilenos, específicamente su elite, buscaron igualarse a las naciones que en aquella época lideraban el mundo moderno europeo como lo fueron Francia e Inglaterra.

En este proceso de búsqueda de legitimidad como nación independiente, civilizada, culta y moderna, surgió un fenómeno de yuxtaposición de realidades en el que los valores modernos que se comenzaron a incorporar tuvieron que adecuarse a la estructura social tradicional que cumplía una función de base de la sociedad chilena. Este fenómeno se entiende puesto que, a pesar de que la nación chilena ya se había desvinculado de la Península, a lo largo de siglo XIX el país se siguió rigiendo por la misma estructura tradicional de los últimos siglos. El hecho de que no hubiese habido un cambio revolucionario estructural en la sociedad chilena como la Revolución Francesa o Revolución Industrial que hubiese producido cambios en la conformación y organización social, permitió que aquellos elementos que estructuraban a la sociedad chilena tradicional permanecieran inmutables⁴. Así, el orden social tradicional cobró gran importancia, puesto que a él se debió el extenso período de dominio de la elite. El Estado habría sido un instrumento al servicio de esta elite tradicional, cuya base de poder era sustentada por su estructura social (Jocelyn-Holt, 1998: 27). Ésta fue la situación desarrollada durante el siglo XIX en Chile, en que si bien hubo divisiones dentro de la elite respecto a los planteamientos de los distintos grupos, por ejemplo entre liberales y conservadores, el origen de clase era el mismo. Fue esta estructura de base tradicional la que legitimó a la elite como dirigente y conductora del país, por lo que cualquier modificación en ella habría implicado una inestabilidad del poder de ésta⁵.

⁴ Es en este punto donde entra en juego el planteamiento de Diego Portales, quien en la década de 1830 explicaba este fenómeno de inalterabilidad de las estructuras sociales debido al “peso de la noche”, lo que significaba “la sumisión social de las clases populares, el orden señorial y jerárquico que verdaderamente presidía y gobernaba al país”. Jocelyn-Holt, Alfredo (1998), *El peso de la noche; nuestra frágil fortaleza histórica*, Santiago: Editorial Planeta: 27.

⁵ Es por esta razón que cambios de fondo no fueron realizados y las relaciones socio-culturales siguieron de la misma forma durante todo el siglo XIX y entrado el XX.

A partir del proceso de independencia que vivió Hispanoamérica respecto de la Península, surgió el desafío de desprenderse de la cultura española bajo la cual se había regido durante tres siglos, para dar paso a un proceso de creación propia. Esta aspiración surge, principalmente, por todas aquellas deficiencias observadas al momento de ser retirada la institucionalidad monárquica. Además, algunos intelectuales percibían el pasado español como autoritario, déspota, restrictivo y limitado, en contraposición a la sociedad que los nuevos ciudadanos querían construir.

Sin embargo, en vez de intentar crear una identidad propia con los elementos locales, se recurrió a lo extranjero debido a que todo lo que se encontró en el pasado hacía referencia a España. Sin duda la elite santiaguina buscó acercarse lo más posible a la modernidad europea, entendida como una manera de dejar de lado el atraso legado por la Colonia para formar parte de un mundo moderno y civilizado, sin transar sus intereses. A pesar de que a partir de la Independencia se comenzaron a buscar nuevos modelos a los cuales acogerse, no por eso la elite pretendió cambiar o dejar de lado sus atributos tradicionales. La clase dirigente no se dio cuenta o no quiso asumir las necesidades que tenía el resto de los individuos que conformaban la sociedad. Y aunque sí hubo quienes evidenciaron esto, como por ejemplo la Sociedad de la Igualdad o el Club de la Reforma y sus respectivos integrantes, no hubo una posición unánime al respecto.

Todos los elementos y valores adoptados de la modernidad francesa, al menos para el caso de Santiago, respondieron a los requerimientos y pretensiones de la elite, por lo que el resto de las clases y estratos quedaron fuera de este proyecto de construcción de una nueva identidad nacional. La elite santiaguina buscó imitar a las elites europeas, comenzando así a surgir una moda afrancesada que incluía desde vestuario hasta mueblería y arquitectura, en la que quienes tenían el dinero suficiente crearon palacios imitando los europeos en un estilo de *petit-hôtel*.

Por lo tanto, a pesar de que el orden tradicional quedó intacto en su forma estructural, en una esfera más superficial, y por supuesto a nivel de la elite y de la “clase media” que aspiraba a imitarla, se adoptaron nuevas costumbres y formas de sociabilización. Aquí, los bienes materiales jugaron un rol fundamental puesto que ayudaron a modelar las identidades, es decir que “las cosas materiales hacen pertenecer o dan el sentido de pertenencia en una comunidad deseada” (Larraín, 2001: 27).

Precisamente, este fue el fenómeno que vivió la elite santiaguina para lograr un sentimiento de pertenencia hacia aquella forma de vida que intentó adoptar. De una

forma u otra pensó que si poseía los mismos bienes materiales que las clases altas parisinas, como muebles, vestuario, accesorios, entre otros, entonces ella podía pertenecer a ese mismo rango o estatus. Es además en este sentido que dejó de lado en su proyecto la incorporación del resto de la sociedad, intentando incluso diferenciarse lo más posible de los “otros”, entendidos éstos como las clases inferiores. Abordando este tema, Manuel Vicuña plantea que:

En definitiva, como práctica social destinada a objetivar la experiencia subjetiva de los miembros de la élite en cuanto clase dirigente, el consumo conspicuo ayudó a intensificar su sentido de dominio sobre la sociedad chilena mediante la diaria expresión de diferencias adicionales entre gobernantes y gobernados (Vicuña, 2010: 37).

Y es porque fueron solo cambios superficiales y en la forma de sociabilización, y no se efectuaron cambios estructurales, que los espacios públicos se tornaron tan importantes, ya que finalmente fueron éstos los que permitieron experimentar a la clase alta los nuevos tiempos moderno. Los espacios fueron el complemento del vestuario y nuevos hábitos, por lo que se transformaron en el escenario que utilizaría la elite para desenvolverse.

Poco a poco se fue produciendo un distanciamiento cultural entre la elite y los sectores populares de la sociedad santiaguina, debido a que la primera ya no compartía las mismas prácticas, usos, e incluso el mismo tipo de recreación que antes, sino que se vio profundamente influenciada por los cánones dictados por Europa⁶. No es de extrañar que durante las primeras décadas del siglo XIX:

(...) los hombres y las mujeres de la oligarquía todavía podían participar del espíritu festivo de las chinganas, y pasear por los Tajamares coloniales, o bien, desde 1817, por la Alameda, sin que estos ritos les llevaran a rehuir los llanos de la periferia de Santiago, áreas de recreo popular en los días festivos (Vicuña, 2010:48).

Pero ya hacia mediados de siglo, las diferencias eran evidentes. De este modo la elite también buscó consolidar su identidad diferenciándose de los “otros”, generándose

⁶ Sobre la relación entre ambos sectores, ver: Romero, José Luis (2010), “Gente rota y gente decente”, Romero, José Luis, *Latinoamérica; las ciudades y las ideas*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

la construcción de una identidad en oposición y diferenciación, particularmente, de clase⁷.

Para ello, los espacios públicos representaron el lugar ideal en el cual estas diferencias podían ser apreciadas por todos los habitantes de la capital⁸. Sabido es que un “espacio público” es un espacio abierto al cual todos pueden acceder (Low, 2005: 2) y por tanto, en primera instancia, sería esta la imagen que podríamos configurar de la Alameda de las Delicias. Pero a pesar de esta idea, surge la gran problemática del propio concepto “espacio público”, debido a que probablemente un espacio público en el que no se produzcan exclusiones nunca ha existido⁹. Sin duda los espacios públicos cumplen un papel fundamental en la dinámica de las ciudades, puesto que este lugar en la ciudad “no solo articula, estructura y ordena las diferentes actividades y usos del espacio urbano, sino que es por excelencia el escenario de la socialización colectiva de la ciudad” (Pérez, 2004: 28).

En el caso específico de la sociedad santiaguina de principios del siglo XIX, la elite compartía junto al resto de los habitantes de la ciudad en el marco de ciertas celebraciones y lugares comunes. No obstante esta realidad, podemos apreciar que llegando hacia mediados del siglo esta situación cambió para dar paso a una evidente segregación y diferenciación entre aquellos que se consideraban de la clase alta y aquellos que no pertenecían a ella. En este sentido, a pesar de ser un “paseo público”, “la clase trabajadora a ratos pareció resignada a considerar la Alameda como el dominio exclusivo de la oligarquía, y no como la mayor avenida de la capital o como un paseo público a disposición de todos los santiaguinos” (Vicuña, 2010: 49). Aquello sucedía no por normas o leyes, sino por los usos y costumbres, a través de los cuales este espacio fue “tomado” por la elite. De alguna manera lo que se produjo en este caso fue la definición del espacio público, la Alameda de las Delicias, no en su naturaleza jurídica,

⁷ Para la elite santiaguina la sociedad no era la totalidad de individuos que la conformaban, sino aquellos que tenían un grado de ilustración. Tal como lo plantea Jorge Pinto, quien dice que: “La verdadera sociedad... la constituía la “gente decente””. Pinto Rodríguez, Jorge (2008), “Proyectos de la elite chilena del siglo XIX (II)”, *ALPHA*, Osorno: Universidad de los Lagos: 124. De esta manera ya se planteaba una división de acuerdo a quienes realmente constituían la sociedad a los ojos y criterio de esta clase. Es por esto que no es de extrañar que para los de las clases acomodadas la sociedad la conformaran individuos de “su nivel”, es decir, personas racionales, con conocimiento y cultura; en una palabra, civilizadas. Para profundizar en el tema de la contradicción surgidas a partir de quiénes formaban parte de la sociedad, ver: Romero, 2010: 206-207.

⁸ Para profundizar en las representaciones sociales en los espacios, ver: Clark, Timothy, (1984), *The Painting of Modern Life: Paris in the Art of Manet and his Followers*, Princeton: Princeton UP: 6.

⁹ Tomando el caso paradigmático del *agora* ateniense, éste formaba parte de una sociedad esclavista y estratificada en la que mujeres estaban excluidas de las asambleas públicas. Este ejemplo del lugar de la creación del espacio público por excelencia nos permite dar cuenta de la exclusión inherente a que el concepto de “espacio público” conlleva (Aramburu, 2008: 144).

es decir en su condición de propiedad, en este caso pública, sino en su naturaleza sociológica, lo que se refleja en su uso y condiciones a través de las cuales se puede acceder a él (Aramburu, 2008: 145).

Si bien este proceso de segregación se habría estado consolidando en el curso del siglo, hacia la década de 1830 esto ya parecía evidente. El inglés Richard Longeville pudo apreciar una diferencia entre las secciones del paseo, en que la vía central se consolidaba como la principal paseo al tener bancos de piedra pulida y un relleno con arena que era escrupulosamente aseado, barrido y regado dos veces al día en verano. Por el contrario, los costados exteriores, además de haber sido más angostos y destinados “a la gente de a pie”, no tenían el mismo cuidado en el aseo que la vía principal (Longeville, 1923: 101). Por los mismos años, el marino estadounidense W. S. W. Ruschenberg dio cuenta de que “en las tardes, habiendo buen tiempo, es en la Alameda donde puede verse toda la belleza y el mundo elegante de Chile, paseándose por sus umbrosas calzadas...” (Ruschenberg, 1956: 172) Debemos recordar que entre los años 1820 y 1870 no hubo otro paseo que pudiese suplir o igualar al de la Alameda. Fue recién hacia 1873 que el Parque Cousiño fue abierto al público, un año después de que el intendente Benjamín Vicuña Mackenna comenzara sus labores de transformación del cerro Santa Lucía.

Sady Zañartu en su obra *Santiago Calles Viejas* relata que cercano a la década de 1830 las reuniones sociales en la Alameda de las Delicias comenzaban en la mañana luego de la misa y en las tardes después de la novena. Era posible apreciar entre los árboles tanto a novios que paseaban como los cafés con sus mesas y asientos mientras se oía música y cantos e incluso uno que otro improvisador que en sus sátiras hacía referencia a caudillos, generales, priores y abadesas (Zañartu, 1975: 21). Pero además de estas observaciones, Zañartu indica que “el lujo de la Alameda eran sus grandes bancos de piedra pulida, labradas en forma de lechos griegos, y donde las damas, al bajar de sus calesas, descansaban y se hacían servir refrescos de los cafés vecinos” (Zañartu, 1975: 21). Al mismo tiempo, y por los caminos exteriores del Paseo, algunos jóvenes hacían sonar sus espuelas de plata buscando atraer alguna sonrisa de las jóvenes.

Por lo tanto, la Alameda de las Delicias cumplió un papel fundamental durante casi medio siglo apoyando la estructuración y consolidación de la identidad de clase de la elite santiaguina. El espacio público que brindó la Alameda fue el complemento del vestuario y nuevos hábitos. De este modo, la ciudad y la disposición urbana pasaron a

ser elementos fundamentales en lo que se refiere a la creación del mundo moderno con el que la clase dirigente se identificó o buscó identificarse. Fue este paseo el que permitió a esta clase experimentar vivencias más cercanas a la modernidad europea, en un esfuerzo por legitimar a la nación chilena ante el Viejo Continente. Si aquello no hubiese sido así, entonces sería difícil comprender las palabras de Vicente Pérez Rosales, hombre de Estado que en 1875 se preguntaba:

¿Quién hubiera imaginado que aquellos inmundos ranchos que acrecian la ciudad tras del basural de la antigua Cañada, se habian de convertir en parques, en suntuosas i rejas residencias, i lo que es mas, que el mismo basural se habia de tornar en Alameda de Delicias, paseo que sin ruborizarse, puede envidiarnos para sí, la más pintada ciudad de la culta Europa? (Pérez Rosales, 1886: 2)

Podríamos pensar que esta imagen de ciudad moderna, a partir de la puesta en práctica de usos, costumbres y objetos adquiridos en el espacio adecuado, no solo existió en el imaginario de los habitantes de la ciudad, sino que también se plasmó en las representaciones visuales realizadas del Paseo. Al encontrarse en el inconsciente colectivo, la imagen de la Alameda frecuentada por la clase alta de la capital, sumado a que por costumbre las clases populares fueron paulatinamente excluidas de este “espacio público”, no es de extrañar que imágenes como *Una tarde de paseo en la Cañada* (Fig.4) se encontraran en el libro *Chile Ilustrado* de Recaredo Santos Tornero. Este libro, que tuvo como objetivo dar cuenta del estado de modernización y civilización del país hacia 1872, se podría considerar como una de las obras más importantes desde el punto de vista del imaginario de Chile de la década de 1870.

La imagen de la Alameda de las Delicias representada en sus páginas, muestra una perspectiva de la avenida, dividida en tres secciones, siendo la central la más amplia y, desde la perspectiva del artista, que con mayor claridad podemos apreciar. Las tres secciones se encuentran divididas por dos pequeñas acequias que van guiando las cuatro hileras de árboles que dan forma a este paseo. Se representa un gran número de personas que debido a su vestimenta podríamos decir que pertenecen a la clase alta. Los individuos que se sitúan en la sección principal se encuentran de pie, a excepción de algunas mujeres que, junto a los árboles, se encuentran sentadas en algunos de los bancos que se sitúan a lo largo de todo el paseo. Del mismo modo, por las secciones laterales, circulan tanto personas a pie como en galeras tiradas por caballos. La

perspectiva de la imagen culmina con la Cordillera de los Andes de fondo, que contrasta con una torre de iglesia.

Este grabado, realizado por el francés Frédéric Sorrieu hacia 1872, muestra el paseo de la Alameda de las Delicias en perspectiva hacia la torre de la Iglesia de San Francisco, hacia el oriente de la capital. No debemos pasar por alto la relación entre el título del grabado y la imagen representada. Si no tomamos en cuenta el enunciado y solo nos centramos en lo que muestra la imagen, podríamos pensar que se representa alguna festividad o acontecimiento especial en el Paseo. La cantidad de personas que se encuentran presentes y el hecho de que incluso pareciera no haber demasiado espacio para poder transitar libremente, sobre todo en los grupos que se encuentran en los planos posteriores, nos dan indicios de que se trataría de alguna reunión especial. Por otra parte, debemos considerar el vestuario de los concurrentes, debido a que, como mencionamos anteriormente, los individuos de la clase alta estuvieron fuertemente influenciados por la cultura francesa, lo que implicó que sus modas fuesen lo más visible en esta transferencia cultural. Por lo demás, Francia, al menos para Chile, fue una de las naciones paradigma del siglo XIX, por lo que empaparse de su cultura significaba, para los miembros de la elite, proyectar una imagen de modernidad, progreso, cultura y civilización, en oposición a los miembros de las clases populares que continuaron viviendo una vida tradicional heredada de la Colonia. Por lo tanto, vestimentas y accesorios se tornaron más ostentosos y lujosos que en la vida colonial. Pero aún así, deberíamos evaluar hasta qué punto tanta elegancia y lujo fue frecuente en grupos tan numerosos de la sociedad, como se muestra en la imagen, en una tarde cotidiana de paseo por la Alameda.

También mencionamos que durante aproximadamente cincuenta años fue el único paseo de estas características con el que contó la capital del país, por lo que sería posible que esta representación quisiera potenciar la imagen de un paseo digno de ser visitado por extranjeros que anteriormente hubiesen recorrido el Hyde Park de Londres o el Bosque de Bolonia de París. Es por esto que la Alameda llegó a constituir un paseo de características “aristocráticas” en el que la elite santiaguina podía mostrarse ante la sociedad, produciéndose un intercambio visual que de alguna manera ordenaría y segregaría simbólicamente la sociedad.

Ahora bien, al tomar en consideración el título asignado al grabado, *Una tarde de paseo en la Cañada*, se configura la imagen de una tarde cualquiera por este paseo de marcadas características elitistas en el que no se logran apreciar individuos que no

forman parte de este alto segmento social. Cuando algún extranjero se enfrentaba a este grabado, sin duda podría imaginarse que todos los días por las tardes se observaba esta situación en la Alameda de las Delicias. Aquella recreación, si no se ha visitado el país, podría ser extrapolada al resto de la ciudad, lo que habría contribuido a crear una imagen similar a las que se podía encontrar en las más grandes capitales europeas del siglo XIX.

Y es precisamente en este punto que adquiere vital importancia el libro en el que esta imagen ha sido incluida. Esta publicación, buscando plasmar la realidad del país hacia 1872, ha sido considerada como un elemento importante dentro del proceso de construcción de la imagen del país. Si bien su autor, Recaredo Tornero, no estuvo ligado al ámbito científico, igualmente tuvo la motivación de dar a conocer lo que era Chile hacia esos años¹⁰. Reflejo de este esfuerzo conjunto fueron las diversas imágenes aspiracionales que se realizaron a lo largo de todo el siglo.

El afán de legitimación del país ante las naciones europeas fue recurrente en este siglo, especialmente en Santiago. Mostrarse al exterior como una nación que cumpliera con los valores modernos junto a la demostración del progreso alcanzado, fueron algunos de los esfuerzos realizados por las autoridades del país, y al que Recaredo Tornero también se unió. A partir de su propia iniciativa decidió llevar a cabo este libro, apoyando su discurso con un gran número de imágenes. Por sus características y costos, el libro posiblemente circuló en una esfera principalmente intelectual, incluyendo extranjeros que se hubiesen interesado por conocer la situación chilena hacia la década de 1870. Conociendo cuáles eran los cánones de progreso que regían al mundo moderno, gracias a sus diversos viajes a Europa, Tornero intentó crear un documento en el que se diera cuenta del nivel que había alcanzado Chile hasta ese momento, realizando “una reseña exacta i circunstanciada del estado de progreso material que ha alcanzado nuestro país” (Tornero, 1872: V).

Por lo tanto, podemos plantear que al representar el único paseo “aristocrático” de la capital, más que retratar el paseo de la Alameda de las Delicias tal y como podría haber sido un día cualquiera con sus diversos elementos presentes, Recaredo Santos Tornero buscó consolidar una imagen del paseo más cercana a lo que habría sido una imagen europea. En otras palabras, en lugar de mostrar al mundo la forma en que

¹⁰ Era común que quienes emprendieran estas labores de estudio y conocimiento del territorio nacional estuviesen ligados a un ámbito científico o a diversas disciplinas afines, como por ejemplo, geografía, mineralogía, etc.

realmente se vivía la antigua Cañada, se decidió mostrar una realidad europeizada. Esto, por supuesto, iba de acuerdo con las aspiraciones de los integrantes de la elite santiaguina¹¹. La manera en que la clase dirigente podía cambiar la idea sobre la República era precisamente a través de la circulación de este tipo de imágenes, que permitían retratar al país a través de un imaginario moderno.

Ahora bien, centrándonos solamente en la representación de la Alameda de las Delicias, el grabado realizado por Sorrieu no ha sido ni la primera ni la única imagen sobre este paseo. Diversas representaciones visuales fueron realizadas a lo largo del siglo mostrando este espacio de la ciudad, lo que nos permite compararlas y poder situar así los procesos y fenómenos vividos por la sociedad santiaguina.

Para comenzar, se hace indispensable hacer referencia a la emblemática obra de científico Claudio Gay. Este francés, por encargo del gobierno chileno, realizó un gran número de registros en los que se buscaba dar a conocer el patrimonio natural del país. Con este fin, recurrió a imágenes que le permitieran dar a conocer sus diferentes estudios. En este contexto, la lámina n° 14 del primer tomo de su *Atlas de la historia física y política de Chile*, escrito en la década de 1840, Gay inserta una imagen de la Alameda de las Delicias con la leyenda *Paseo de la Cañada (Santiago)* (Fig.5). En esta imagen son evidentes las similitudes con el grabado de Sorrieu en la representación del paseo. Aunque la perspectiva es similar, se aprecian algunas diferencias como la Cordillera de los Andes o la construcción de fondo. También podemos advertir que los álamos representados en el *Atlas* ya no se encuentran en la imagen de *Chile Ilustrado*. Este hecho se puede explicar porque Claudio Gay realizó sus viajes e investigaciones a lo largo de la década de 1830, mientras que Tornero publicó su libro hacia 1872, por lo que a través de los años entre una imagen y otra, algunos cambios fueron realizados en el Paseo.

Pero lo que más nos interesa en la comparación de estas dos imágenes, es la representación de la ocupación del espacio por parte de los visitantes de la Alameda de las Delicias. Además de la diferencia evidente en la cantidad de personas que circulaban por el lugar, en la imagen de Claudio Gay podemos percibir una mayor diversidad de individuos que son representados. Así, podemos observar que se muestra una diversidad de procedencias sociales, en que comparten tanto integrantes de las clases más acomodadas como otros de estratos más populares, incluyendo a algunos clérigos.

¹¹ Sobre las representaciones visuales de la ocupación espacial por la elite, ver: Clark, 1984: 23.

Todos ellos se entremezclan a lo largo del paseo, lo que retrata una sociedad en la que existía una mayor interacción entre los diferentes estratos sociales.

Si recordamos lo mencionado anteriormente sobre el cambio que experimentó la clase alta capitalina, en que paulatinamente se fue alejando de las clases populares, entonces podremos comprender el contraste en la representación de los individuos del paseo entre las dos imágenes. También podríamos plantear que Claudio Gay intentó, desde su ámbito científico, dar cuenta de la diversidad de la población, creando una tipificación de sus diferentes componentes. Pero no podemos obviar que ambas imágenes nos permiten dar cuenta del proceso descrito anteriormente. Podemos apreciar esta transición de una vida colonial a una vida de carácter “moderna”, además, por la atención que se le brinda al vestuario de las personas que parecen pertenecer a los sectores sociales más adinerados. Entre ambas imágenes podemos dar cuenta del cambio en las modas y también en los usos del paseo, en el que se va creando una segregación socio-espacial.

Ya a partir de la segunda mitad del siglo XIX la diferencia de clases entre la elite y “el resto” fue evidente, no solo porque así lo sintieran sus miembros, sino porque así lo expresaron. Al manifestarse la exclusión en este lugar público, se configuró una imagen del funcionamiento y orden de la sociedad. Esta imagen que en principio se creó en la mentalidad de los integrantes de la sociedad fue plasmada en un orden visual en la ciudad. Sobre este punto Pierre Bourdieu plantea que la disposición estética, así como cualquier tipo de gusto, une y separa (Bourdieu, 1988: 63). No solo se unen todos aquellos que pertenecen al mismo grupo reforzando su rol en la sociedad, sino que también se obtiene una distinción respecto de aquellos individuos que no forman parte del mismo grupo social. Y no solo se produce una distinción de los grupos por ser diferentes, sino también por la imagen que de ese otro grupo se crea.

A partir del análisis de estas dos imágenes, la publicada por Tornero y Gay, podemos establecer una tendencia en las representaciones de la Alameda de las Delicias de la primera y segunda mitad del siglo XIX. De este modo podemos identificar cercanía a la representación de Claudio Gay cuando se trata de una imagen de la primera mitad del siglo, así como una mayor cercanía en la representación del paseo de Recaredo Tornero cuando se trata de una imagen de la segunda mitad del siglo.

Por ejemplo, en el grabado titulado *La Cañada promenade publique de Santiago* (Fig.6), de Edmond Bigot de la Touanne de 1828, observamos una tipificación similar a la de Gay. En esta imagen se representan personajes de diferentes clases y roles

sociales. Precisamente, es posible apreciar tanto a individuos pertenecientes a las clases superiores, así como también se aprecian diversos individuos vestidos con un poncho, vestimenta tradicional de los hombres que trabajan en los campos. Del mismo modo, observamos a un clérigo en interacción con dos mujeres que parecieran pertenecer a la alta sociedad. Sin duda predomina la representación de miembros de un estrato social superior, lo que confirmaría a este paseo como de uso frecuente de la elite. No obstante aquello, Edmond Bigot incorpora individuos pertenecientes a otros estratos que hacían libre uso de él, proyectando una imagen similar a la de Gay. Esto lo podemos deducir puesto que no vemos que los huasos, aquellos que utilizan el poncho como vestimenta, transiten por los costados del paseo o sean marginados, sino todo lo contrario, Bigot los representó transitando por la Alameda del mismo modo en que lo hacen personas de otro estrato social. En conclusión, podríamos decir que en cuanto a la manera de representar el modo en que la sociabilización se manifiesta en la Alameda de las Delicias, además de la similitud en la perspectiva, esta imagen se asemeja más a la publicada por Claudio Gay que por Recaredo Tornero.

Pero si ahora observamos la pintura de J. Charton de 1850 de esta misma Avenida (Fig.7), encontraremos una vestimenta similar y una ocupación del espacio que se asemeja a la tratada en *Chile Ilustrado*. Incluso la vista del Paseo, hacia el oriente de la ciudad, propone una perspectiva similar, con la Cordillera de los Andes nevada de fondo. Por otra parte, es inevitable hacer una comparación entre ambas imágenes respecto a la vestimenta de los individuos representados. Sin lugar a dudas la vestimenta de las mujeres dejó de lado la simplicidad y austeridad colonial para abrir paso a la pomposidad y exuberancia de influencia francesa. En la comparación de las imágenes podemos dar cuenta del intento que se hace durante la República de dar este paso del mundo colonial al mundo moderno.

De este modo, entre la imagen del libro de Claudio Gay y la presentada por J. Charton, podemos apreciar que se hace evidente un contraste en la representación de la Alameda de las Delicias. Al costado inferior derecho podemos percatarnos, aunque no con gran detalle, de un grupo de personas, del mismo modo que es posible apreciar en el mismo plano hacia la izquierda otra figura. Buscando dilucidar su participación en la imagen, es posible sugerir que la figura del lado izquierdo correspondería a un niño jugando en una de las acequias que dan forma al Paseo. Respecto a las figuras del costado derecho podríamos inferir lo mismo. Era frecuente que los niños jugaran en las acequias del paseo haciendo carreras de barcos. Éstos eran construidos con ramas y

tablas o también con cáscaras de sandía, por lo que no era extraño ver a un grupo de niños que corriera a lo largo del paseo siguiendo la carrera de sus pequeñas embarcaciones. A partir de esta imagen podríamos inferir que Charton representó un paseo de marcadas características aristocráticas, lo que podemos apreciar a través del tipo de vestimenta de los paseantes y la exclusión de individuos pertenecientes a otros estratos sociales. Del mismo modo, podemos apreciar similitudes entre el grabado de Frédéric Sorrieu y la obra de Charton respecto a la presencia de la elite santiaguina en la ocupación total del espacio del Paseo.

Si bien las obras analizadas hasta este momento siguen la tendencia planteada sobre un tipo específico de representación, podemos encontrar algunas excepciones¹². Junto las obras de los artistas revisados, podemos hallar otras imágenes que nos brindan una perspectiva diferente del Paseo. A pesar de que estas imágenes, que no muestran la manera en que los ciudadanos se apropiaron y experimentaron la vivencia de la Alameda, no aportan a nuestro análisis, no debemos desecharlas por completo.

Por ejemplo, la pintura de Giovatto Molinelli de la antigua Cañada que fue realizada en 1861 (Fig.8), incorpora una nueva perspectiva a la que hemos estado analizando. Según el planteamiento expuesto a lo largo del presente texto, y de acuerdo al año de creación de la obra, debiese poder mostrar ciertos cambios en la representación del Paseo respecto de la primera mitad del siglo. Pero, en primer lugar, lo que observamos en esta imagen es una perspectiva totalmente diferente del paseo; y por otro lado, a partir de la altura de la cual se encuentra la vista de la imagen, podríamos decir que Molinelli habría pintado este cuadro utilizando el cerro Santa Lucía como plataforma, por lo que sería necesariamente una vista hacia el oriente. Esto, precisamente, nos presenta otra diferencia importante, puesto que todas las imágenes analizadas fueron realizadas en la parte central del paseo, es decir, entre la Iglesia de San Francisco y el Palacio de la Moneda, aproximadamente. En cambio en esta pintura se muestra la parte de la Alameda que se dirigía hacia las afueras de la ciudad por el oriente.

¹² No todas las representaciones realizadas del paseo de la Alameda de las Delicias a lo largo del siglo XIX responden exactamente a la distinción propuesta a lo largo de este trabajo, debido a que no todas las imágenes del Paseo muestran la misma perspectiva que hemos estado analizando. Por lo tanto, y para los objetivos de esta investigación, solo hemos tomado en cuenta aquellas imágenes que nos muestran la ocupación del espacio por parte de los ciudadanos y aquellas que permiten graficar los cambios en el contexto histórico-social durante el siglo, dejando de lado aquellas obras que representan la Alameda de las Delicias, pero que no aportan este material visual para el análisis.

A partir de estas consideraciones, esta imagen no nos sirve para desarrollar el análisis ya planteado. Aún así, podemos encontrar otro ejemplo sobre las diversas maneras y perspectivas en que realizaron representaciones visuales del paseo, pero no por eso menos importantes. De este modo quisiéramos destacar la pintura de Ernest Charton de Treville de 1863 (Fig.9). Si bien presenta una perspectiva diferente, podemos rescatar que nos ayuda a conocer aquello que sucedía por los costados exteriores del paseo. Algunos extranjeros que visitaron la capital escribieron en sus memorias que por los costados exteriores del paseo circulaban los carruajes y algunas personas a pie, puesto que la parte central del paseo estaba exclusivamente reservada para los paseantes. En las imágenes analizadas para este estudio solamente nos hemos centrado en aquellas que nos muestran la parte central del paseo, ante lo cual Charton de Treville nos brinda una visión complementaria de la Alameda de las Delicias en su ocupación cotidiana del espacio.

Así, podemos apreciar algunos carruajes que circulan en distintas direcciones, mientras diversas personas transitan por una pequeña vereda apegada a las edificaciones. En los primeros planos podemos distinguir a un grupo de mujeres cuya vestimenta revela su pertenencia a un estrato superior. Por el costado de enfrente, en la misma línea de los árboles que dan forma a la Alameda, se aprecia a un grupo de hombres que buscan sombra bajo unas precarias estructuras. En esta parte exterior del paseo, la interacción entre diversos componentes de la sociedad se hace más evidente que en la parte central. De este modo, esta pintura arroja luces sobre la forma en que se produjo la interacción social en la ciudad y la manera en que aquello adquiriría una configuración más segregada en la utilización de la Alameda de las Delicias como paseo.

Si bien existieron sectores de la capital en los que las familias que pertenecían a la clase alta conformaron barrios, no es posible pensar que personas de otras clases sociales no hubiesen tenido acceso a ellos. En el siglo XIX la sociedad santiaguina se encontraba fuertemente segregada, las diferencias sociales eran evidentes, tomando en cuenta, además, que no existía una clase media como hoy podríamos encontrar. Para este siglo, se podría pensar en una mayor interacción a nivel social, no tanto respecto a las relaciones entre individuos de diferentes clases, sino en el hecho de habitar la misma ciudad que para entonces cubría un radio bastante limitado. De este modo, era inevitable que individuos de diferentes estratos tuvieran algún tipo de contacto, aunque solo sea visual.

Por último, y para cerrar el siglo en cuanto a las representaciones visuales de la Alameda de las Delicias, podemos apreciar el grabado de F. A. Brockhaus, de 1901 (Fig. 10), que nos ayudará para poder proyectar la imagen que de este paseo existió desde 1872, con el grabado publicado en *Chile Ilustrado*, hasta finalizar el siglo. Para esta época las vestimentas han vuelto a cambiar, en un estilo más sobrio y menos pomposo, pero no por eso menos elegante, podemos apreciar a diferentes paseantes que parecieran ser de clases acomodadas.

Ya a comienzos del siglo XX, la clase media comienza a conformar una cierta identidad y participación en la sociedad, pero aún no podríamos definirla como un estamento significativo. Debido a que las conformaciones sociales han comenzado a cambiar, ya no podríamos determinar tajantemente que estas personas representadas pertenecen a la elite, lo que no quiere decir que no lleven una vida de lujos y comodidades. Lo que sí podemos apreciar, además de la desaparición definitiva de los álamos, es que pareciera no haber ningún individuo que pudiéramos identificar como de otra clase. Todas las mujeres y hombres visten de semejante manera y, aunque ya no visten del mismo modo que en la década de 1870, sí podríamos identificar que este espacio público, en la imagen de Brockhaus, es utilizado por un tipo específico de personas.

Para 1900 otros paseos desempeñarían el rol que la Alameda de las Delicias cumplió por casi cinco décadas, entre los cuales podemos mencionar el Parque Cousiño o el Paseo del cerro Santa Lucía¹³. Estos dos últimos paseos fueron construidos para un público específico, por lo que al ser frecuentados por la elite, otros espacios quedaron a mayor disposición del resto de la sociedad. Pero a pesar de este fenómeno de desplazamiento socio-espacial, la imagen que quedaba de la Alameda de las Delicias fue representada en este grabado. Lo más probable es que un día en la Alameda haya tenido un mayor flujo de personas de diferentes estratos sociales, pero lo que F. A. Brockhaus prefirió representar fue una imagen que, de un modo u otro, nos traslada a la década de 1870 en cuanto a la ocupación de este “espacio público”. En última instancia, esto podría significar que todos aquellos elementos que durante casi medio siglo fueron

¹³ La situación de migración de los miembros de las clases altas de los espacios a los que las demás clases comenzaron a tener un mayor acceso parece ser constante en los diversos paseos de la ciudad. A partir del caso específico del Parque Cousiño, el historiador Julio Heise retrata esta situación: “El Parque Cousiño como lugar de esparcimiento aristocrático se mantuvo hasta que el servicio de tranvías permitió el acceso de personas modestas. Como solo se podía llegar en carruajes, la clase alta pudo monopolizar dicho paseo, que terminó tan pronto como pudieron llegar hasta el Parque Cousiño la clase media y los trabajadores”. Heise, Julio (1974), *Historia de Chile. El Período Parlamentario 1861-1925*, Tomo I, Santiago: Editorial Andrés Bello: 167.

conformando la idea de la Alameda de las Delicias como el gran paseo de la capital tuvieron un gran impacto en el imaginario que se creó alrededor de ésta.

En definitiva, y a partir de las imágenes revisadas en este estudio, podemos plantear que aquellas representaciones visuales de la Alameda de las Delicias creadas en la primera mitad del siglo XIX muestran un paseo en el que los diferentes componentes de la sociedad interactúan sin mayores impedimentos, reflejando así la dinámica social de la ciudad de Santiago en este período. Pero para la segunda mitad, esta interacción ya no se expresaría del mismo modo, sino que se produciría una segregación y exclusión por parte de las clases altas de los sectores más bajos de la sociedad. Este fenómeno se explicaría como un reflejo del interés de la elite de pertenecer a una cultura moderna, hecho que inevitablemente conllevaría a la exclusión social.

Finalmente, las diferentes imágenes analizadas a lo largo de este trabajo nos permiten dar cuenta de los diferentes procesos que la sociedad santiaguina experimentó a lo largo del siglo XIX. Si en un primer momento la elite compartió las mismas actividades, entretenimientos y pasatiempos que el resto de la sociedad, en un segundo momento esa manera de socialización fue reemplazada por una mucho más excluyente en la que solo tendrían lugar aquellos pertenecientes a las clases más acomodadas de la sociedad. En último término, estas imágenes arrojan luces sobre el proceso de modernización en el que el país se vio envuelto a lo largo del siglo XIX en el que se intentó romper con los vínculos culturales coloniales para dar paso a una sociedad moderna.

Fuentes:

- Gay, Claudio, (1854), *Atlas de la historia física y política de Chile*, París: Impr. De E. Thunot.
- Graham, María, (19--), *Diario de su residencia en Chile (1822) y de su viaje al Brasil (1823): San Martín.-Cochrane.-O'Higgins*, Madrid: Editorial América.
- Haigh, Samuel, (1917), *Viaje a Chile durante la época de la Independencia*, Santiago: Imprenta Universitaria.
- Hall, Basilio, (1906), *Estracto de un diario de viaje a Chile, Perú i Méjico en los años de 1820, 1821, 1822 por el capitán Basilio Hall. Traducido del ingles por Federico Gana G.*, tomo I, Santiago: Imprenta y encuadernaciones Universitaria.
- Longeville Vowel, Richard, (1923), *Memorias de un oficial de marina inglés al servicio de Chile durante los años de 1821-1829*, trad. Por José Toribio Medina, Santiago: s/n.
- Ruschenberg, W. S. W., (1956), *Noticias de Chile (1831-1832: Por un oficial de marina de los EEUU de América*, trad. Por Eduardo Hillman Haviland, Santiago: Editorial del Pacífico.
- Tornero, Recaredo, (1872), *Chile Ilustrado. Guía descriptivo del territorio de Chile, de las capitales de provincia, i de los puertos principales*, Valparaíso: Librerías i Agencias del Mercurio.

Bibliografía

- Aramburu, Mikel, (2008), "Usos y significados del espacio público", *Arquitectura, Ciudad y Entorno*, Barcelona, pp. 143-151.
- Bourdieu, Pierre, (1988), *Distinción: criterios y bases sociales del gusto*, Madrid: Taurus.
- De Ramón, Armando, (1985), *Santiago de Chile: (1541-1991) Historia de una sociedad urbana*, Santiago: Sudamericana.
- Guarda, Gabriel, (1997), *El arquitecto de la Moneda, Joaquín Toesca, 1752-1799: una imagen del imperio español en América*, Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- Jocelyn-Holt, Alfredo, (1998), *El peso de la noche; nuestra frágil fortaleza histórica*, Santiago: Editorial Planeta.

- Larraín, Jorge, (2001), *Identidad chilena*, Santiago: LOM.
- Low, Seta, (2005), “Transformaciones del espacio público en la ciudad latinoamericana: cambios espaciales y prácticas sociales”, *Bifurcaciones*, Talca: Universidad Católica del Maule, pp. 1-14.
- Pérez, Edmundo, (2004), “Percepción del espacio público”, *Bitácora*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, pp. 27-31.
- Vicente Pérez Rosales, (1886), *Recuerdos del pasado 1814-1860*, Santiago: Imprenta Gutenberg.
- Vicuña Urrutia, Manuel, (2001), *La belle époque chilena: alta sociedad y mujeres de la élite en el cambio de siglo*, Santiago: Editorial Sudamericana.
- Zañartu, Sady, (1975), *Santiago: Calles viejas*, Santiago: Gabriela Mistral.
- Zapiola, José, (1974), *Recuerdos de treinta años (1810-1840)*, Buenos Aires: Biblioteca Francisco de Aguirre.

Anexos

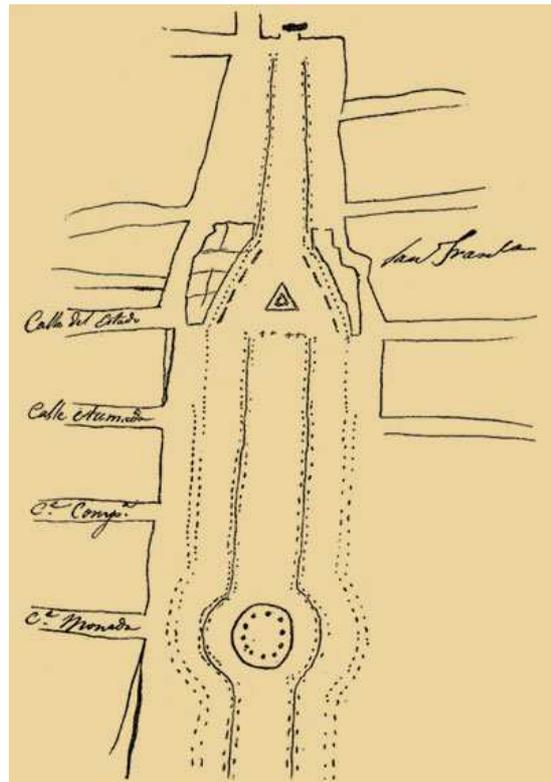


Fig.1: Bernardo O'Higgins, *Croquis de La Cañada*, 1818. Archivo Nacional Histórico (Chile)



Fig.2: Peter Schmidtmeier, *Tajamar or public walk*, 1824. Museo Histórico Nacional (Chile).



Fig.3: Giovatto Molinelli, *Vista de los Tajamares del Mapocho*, c. 1855. Museo Histórico Nacional (Chile)



Fig.4: Frédéric Sorrieu, *Una tarde de paseo en La Cañada*, 1872.

Fuente: Tornero, Recaredo (1872), *Chile Ilustrado: guía descriptiva del territorio de Chile, de las capitales de Provincia, de los puertos principales*, Valparaíso: Librerías i Agencias del Mercurio.



Fig.5: Claudio Gay, *Paseo de La Cañada (Santiago)*, 1854.

Fuente: Gay, Claudio (1854), *Atlas de la Historia Física y Política de Chile*, París: Impr. De E. Thunot.



Fig.6: Edmond Bigot de la Touanne, *La cañada promenade publique de Santiago*, 1828. Museo Histórico Nacional (Chile)



Fig.7: J. Charton, *Alameda, Santiago*, 1850. Museo Histórico Nacional (Chile)



Fig.8: Givatto Molinelli, *Antigua Cañada de Santiago*, 1861. Museo Nacional de Bellas Artes (Chile)



Fig.9: Ernest Charton de Treville, *La Cañada de Santiago*, 1863. Museo Nacional de Bellas Artes (Chile)

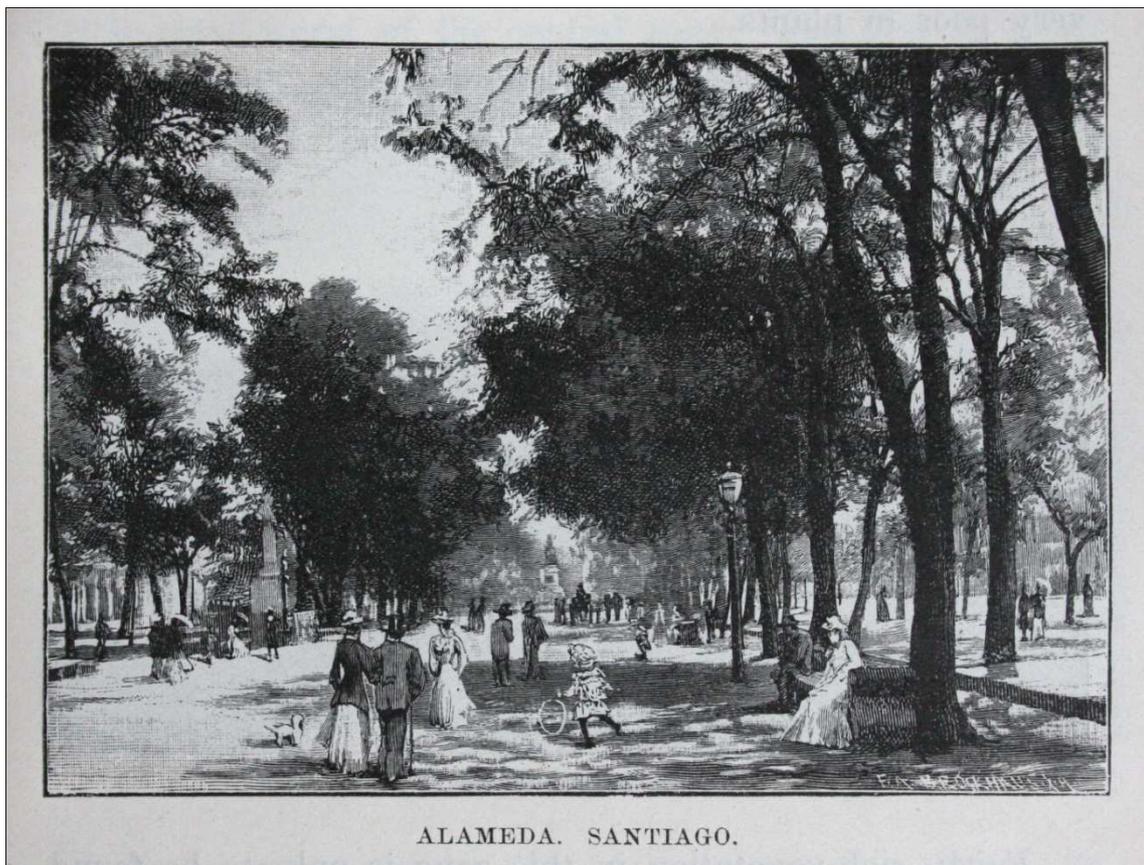


Fig.10: F. A. Brockhaus, *Alameda. Santiago*, 1901.

Fuente: Brockhaus, F. A., (1901), *A short description of the republic of Chile, according to official data*, Leipzig.